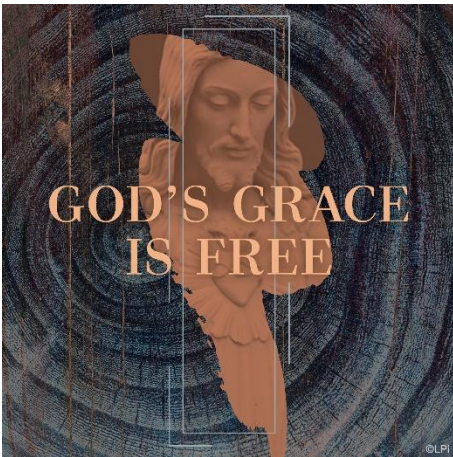


La buena moral no basta — Necesitamos a Cristo y su gracia



Queridos hermanos,

La fe católica enseña que vivir una vida moral es importante, pero también nos recuerda algo esencial que a menudo se olvida: la buena conducta, por sí sola, no nos salva. La salvación no se gana con esfuerzos humanos; es un don gratuito de la gracia de Dios, obtenido para nosotros por Jesucristo mediante su Pasión, Muerte y Resurrección.

En los Evangelios, Jesús confronta a los fariseos no porque carecieran de moral, sino porque confiaban en su propia justicia en lugar de acoger humildemente la misericordia de Dios. Su

fidelidad a la Ley, aunque buena, se convirtió en un sustituto de la fe viva, de la conversión y del amor.

La Iglesia proclama con claridad: «Por la gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; y esto no proviene de ustedes, sino que es don de Dios» (Efesios 2, 8).

Esta gracia no es una idea abstracta. Se derrama en nuestras almas a través de los Sacramentos, especialmente el Bautismo, que nos libera del pecado y nos hace hijos de Dios, y la Eucaristía, en la que Cristo nos da su propio Cuerpo y Sangre para sostenernos en la santidad. Sin Cristo y sin la vida de la gracia que Él nos ofrece, incluso los mejores esfuerzos morales quedan incompletos.

Las buenas obras, la caridad y la obediencia a los mandamientos no son la causa de nuestra salvación, sino su fruto. Como enseña el Catecismo: «El mérito del hombre ante Dios... se debe a la iniciativa gratuita de Dios» (CEC 2008). Jesús mismo nos dice: «Sin mí no pueden hacer nada» (Juan 15, 5).

El verdadero peligro para muchos creyentes no es siempre el pecado grave, sino una confianza silenciosa en uno mismo: apoyarse en la buena conducta, en las prácticas religiosas o en la reputación personal, en lugar de entregar la vida cada día a Cristo y a su Iglesia.

La santidad no consiste en ser “lo suficientemente buenos”, sino en vivir en comunión con Cristo, permanecer en estado de gracia y permitir que el Espíritu Santo nos transforme desde dentro.

Examinemos nuestro corazón: ¿Confiamos en nosotros mismos o en Jesucristo? ¿Nos apoyamos en nuestros esfuerzos o en su misericordia?

Que nunca sustituyamos a Cristo por la moral, sino que permitamos que su gracia —recibida por la fe y los Sacramentos— dé fruto en buenas obras para la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Bendiciones,
Padre Vilaire